

“Nunca nos fuimos”. El movimiento estudiantil ante la crisis

Eduardo Fernández e Isabel Serra

En los últimos meses hemos visto cómo el movimiento estudiantil se ha revitalizado enormemente en respuesta a la represión sufrida por los estudiantes del IES Luis Vives de Valencia. Esta rápida e inesperada escalada de movilización se ha traducido en manifestaciones masivas, asambleas estudiantiles y encierros, que nos retrotraían de pronto a los mejores momentos del movimiento “anti-Bolonia”. Mucho se ha comentado en redes sociales y en diversos medios de comunicación que *“por fin habían llegado los estudiantes”*. Parecería, de esta forma, que en medio de la crisis que estamos sufriendo, y tras los innumerables ataques que se han llevado a cabo contra los derechos laborales, los servicios públicos y la universidad, los estudiantes hubiéramos estado dormidos todo este tiempo.

¿Dónde ha estado el movimiento estudiantil hasta ahora? ¿Acaso los universitarios, que representan uno de los sujetos políticamente más activos de los últimos años, no han reaccionado hasta este momento? A nuestro modo de ver los estudiantes hemos estado muy presentes desde el principio en las movilizaciones del último año. Hemos ayudado a construirlas e impulsarlas y probablemente hemos tenido un papel de gran importancia en la apertura del ciclo de movilizaciones en respuesta a la crisis.

Es cierto que no hemos presenciado protestas estudiantiles articuladas por demandas propias de la universidad hasta hace muy poco, como sí pudimos ver en países como Inglaterra o Italia, que tenían como objetivo principal parar la subida de tasas y la reforma Gelmini, respectivamente. Pero el movimiento estudiantil ha estado presente en la lucha social, subsumido y diluido en movilizaciones de carácter no estrictamente estudiantil, jugando sin embargo un papel muy activo.

¿Por qué se ha dado este fenómeno? ¿Por qué los universitarios no han respondido desde su propia perspectiva sectorial en el Estado español al menos hasta ahora? En un momento de crisis sistémica como el que estamos viviendo, las reivindicaciones parciales se convierten en críticas amplias, con discursos que van mucho más allá de ataques concretos que no son más que el efecto de una causa mayor. La crisis se extiende a todos los ámbitos de nuestra vida. Los estudiantes hoy no luchan solamente contra una reforma universitaria que precariza su futuro o que acaba con la educación superior como derecho fundamental; tampoco son ya los mismos estudiantes que luchaban contra “el plan Bolonia”, porque esta reforma ataba la universidad al mercado labo-

ral. Sin embargo, sí podemos decir que estos estudiantes son herederos de las luchas precedentes. El movimiento “anti-Bolonia” no solo logró destapar el plan de reconversión de la institución universitaria que se escondía tras la revolución pedagógica y la unificación europea que se vendían desde el gobierno. También dejó un reguero de asociaciones de estudiantes que surgieron al calor de esta movilización. En un país que no cuenta con sindicatos estudiantiles sólidos y que gocen de la confianza de los estudiantes, estas asociaciones representaron una mínima estructura organizativa. La red asociativa que quedó y que sobrevivió a las horas más bajas del movimiento estudiantil fue al menos un punto de apoyo para el futuro. Gracias a ella fue posible la transmisión de la experiencia de los años de lucha previos, el asentamiento de las nuevas capas militantes y la comunicación entre distintas facultades en ausencia de movimiento. Estas condiciones han sido claves para entender el surgimiento de las experiencias de movilización actuales.

En adelante haremos un acelerado repaso por el recorrido que ha seguido el movimiento estudiantil en los últimos meses, intentando analizar de qué forma ha estado presente en las movilizaciones de cada momento.

Los estudiantes y las movilizaciones dentro y fuera de la universidad

El curso de 2010-2011 comenzó con el recrudecimiento de la crisis y de las medidas de ajuste. En ese momento, todavía era posible una movilización sindical obrera que supusiera la continuación de la huelga general del 29 de septiembre. Por ello, el movimiento estudiantil organizado apostó por cualquier iniciativa que forzara esta situación, buscando generar un efecto-solidaridad de la universidad con el mundo del trabajo más que la apertura de una movilización propia desde la universidad. A comienzos de 2011, en medio de una enorme parálisis social y con los sindicatos mayoritarios pactando la reforma de las pensiones con el gobierno, desde la universidad no tenía sentido una movilización de carácter estudiantil. La derrota del movimiento anti-Bolonia y la no concreción de los nuevos ataques que vendrían, hacía difícil un movimiento propiamente universitario. Sin embargo sí comenzó a percibirse entre los estudiantes una sensación contenida de que la salida que se estaba dando a la crisis era enormemente injusta, y que las reformas que se estaban aplicando hacían recargar sobre las mayorías los costes de la crisis, dejando sin futuro toda una generación.

La experiencia de Juventud Sin Futuro. Dada esta situación, los estudiantes empiezan a movilizarse más desde una óptica generacional o juvenil. El ejemplo más señalado fue el éxito de Juventud Sin Futuro el 7 de abril, que produjo una importante conmoción que anticipó de alguna forma e impulsó el surgimiento del 15M. Lo interesante aquí es que JSF es una plataforma nutrida directamente por activistas de las asociaciones estudiantiles surgidas en el

movimiento anti-Bolonia. La manifestación del 7 de abril, de igual forma, se llenó principalmente de estudiantes o recién licenciados. Y pese a ser efectivamente estudiantes, optaron por una apelación a la juventud que pretendía no solo movilizar a los estudiantes de forma más efectiva, sino además ampliar la movilización llegando a jóvenes trabajadores no universitarios.

Si consideramos que el movimiento estudiantil es capaz de plantear respuestas sociales muy organizadas y de gran contundencia, es principalmente porque reconocemos una serie de características que hacen del medio estudiantil un lugar que posibilita la autoorganización política y la toma de conciencia en mayor grado. A día de hoy sigue siendo mucho más fácil hacer política en la universidad que en McDonalds o Zara. Así como el trabajo asalariado se temporaliza, flexibiliza y precariza y se produce una deslocalización de los trabajadores, en la universidad no existe una relación salarial entre estudiantes e institución, el grado de jerarquización es mucho menor, los estudiantes siguen teniendo más tiempo libre, siguen contando con más espacios de socialización, y tienen hasta cierto punto libertad de asociación. Más adelante veremos cómo y de qué forma la universidad camina hacia la desaparición total de estas ventajas relativas frente al mundo del trabajo. Pero el caso es que, por lo anterior, es sencillo entender por qué la iniciativa del movimiento juvenil ha correspondido a los estudiantes.

El 15M y la apertura de un marco general de confrontación. El 15M y las acampadas que vinieron después también fueron un espacio en el que los estudiantes se movilizaban fuera de la universidad y sin reivindicaciones estudiantiles. Esto no debería extrañarnos: el 15M absorbió todos los esfuerzos militantes y los diluyó por completo en su fase inicial. Los estudiantes estuvieron muy presentes tanto en las concentraciones como en los primeros momentos de las acampadas. Poco después, conforme la organización se hizo efectiva, las comisiones específicas de educación contaron con la presencia de numerosos estudiantes que introdujeron por primera vez las demandas del movimiento estudiantil en el seno del movimiento 15M. Además, muchas otras comisiones contaron con estudiantes universitarios o recién licenciados de carreras relacionadas con la temática de dichas comisiones. Todo ello pese a que estas movilizaciones chocaban con el periodo de exámenes.

Estas movilizaciones y todas las consecutivas abrieron un espacio, como para el resto de participantes del 15M, para una radicalización de los estudiantes. Los problemas como la ausencia de futuro, las dificultades de acceso a la vivienda, la precariedad, el paro juvenil o los recortes, pudieron insertarse en un discurso anticapitalista más profundo que apelaba al marco general de la crisis y al sistema político y económico en su conjunto. El movimiento ha permitido quebrar la hegemonía del discurso mediático que justificaba la salida por la derecha a la crisis y con ello se ha abierto un espacio en marcos que des-

“La ‘pedagogía de la deuda’ y conceptos como los de ‘inversión’” cada vez más utilizados en los documentos oficiales sobre la universidad representa ‘un cambio en la concepción de la educación superior, que pasa de ser un bien social a un bien individual’”

bordan enormemente los círculos habituales de la izquierda.

De esta forma nos encontramos con que los estudiantes activistas, que en los últimos años han realizado una tarea de defensa sectorial de la universidad, se encuentran ahora en un contexto que les conduce a jugar permanentemente con diversas apelaciones que no coinciden con su terreno local natural. El movimiento estudiantil ha hecho una enorme tarea movilizadora en los últimos meses y efectivamente ha logrado movilizar estudiantes. Pero lo ha hecho por medio de apelaciones no siempre estudiantiles y no estrictamente desde la universidad o los institutos, sino en los centros sociales, en las plazas y mediante las redes sociales.

De #tomalafacultad a la #primaveraestudiantil. Sin embargo, como estudiantes vimos la necesidad de volver a nuestros centros de estudio, para trasladar el espíritu de las movilizaciones, hablando desde una perspectiva generacional pero continuando con la defensa de la educación pública desde un discurso más amplio. El surgimiento de *#tomalafacultad* es un ejemplo de esto. La organización asamblearia de la universidad buscó erigirse en torno a las ideas surgidas en el 15M, intentando resaltar los aspectos propios (crisis de la universidad) y conectarlos con la perspectiva generacional. Este proceso se ha conjugado de manera distinta en cada territorio: los agentes mantienen una perspectiva más generacional, más estudiantil o más propia del espíritu general del 15M, y ello ha afectado al discurso y a la capacidad de organización de cada territorio.

El 17 de noviembre del 2011, con la huelga general de universidades en todo el Estado, tuvimos la primera aparición del movimiento estudiantil, como resultado visible del proceso de reorganización que hemos señalado. Aunque de nuevo es complicado hacer análisis generales por la disparidad de situaciones locales, pudimos comprobar: que el movimiento estudiantil era capaz de hacer una demostración de fuerza (y a tan solo tres días de las elecciones generales); y que el discurso de estas movilizaciones estaba muy transformado por el contexto actual con respecto al discurso del movimiento estudiantil de los últimos años. Por un lado, el paso casi automático que se da desde las demandas sectoriales al paraguas general de confrontación tiene un efecto radicalizador en el movimiento estudiantil que era más complicado de obtener en el pasado. Por otro lado, la incorporación de las demandas sectoriales al discurso general del 15M permite que este se concrete y se dote de contenido. Que

los estudiantes en Madrid llegaran a tomar las escalinatas del Congreso de los Diputados en vez de acabar en el Ministerio de Educación es un símbolo de este cambio en la percepción de quién es el enemigo.

El periodo de exámenes en la universidad y el impacto desmoralizador del 20N, con el momento de incertidumbre que corresponde al traspaso de poderes y a los primeros días de gobierno del PP, paralizaron la vida del movimiento estudiantil. Pero la capacidad de reacción que se ha demostrado con los sucesos de represión en Valencia y la llamada *#primaveraestudiantil*, así como la contribución desde la universidad a la huelga general del 29M, señalan la enorme fuerza y potencialidad que el movimiento estudiantil tiene en este momento. Y ello en toda la multiplicidad de expresiones que corresponden al complicado juego de sujetos movilizables *por* los universitarios y *en* la universidad que requiere el contexto actual.

En este sentido resulta imprescindible que tratemos de profundizar en las transformaciones que enfrenta la Universidad para comprobar cómo esto afectará de manera decisiva a la capacidad de movilización del estudiantado y de qué forma la precarización de la vida universitaria abre las puertas a la conformación de nuevos sujetos políticos. A continuación trataremos de arrojar luz sobre algunas de estas cuestiones.

Crisis de la universidad y cambios en la condición estudiantil

Según el documento del Ministerio de Educación, Plan Director de Empleabilidad Universitaria, *“la temporalidad entre los asalariados más jóvenes (15 a 24 años) con estudios superiores alcanza en España niveles en torno al 60% en la última década”*, porcentaje que contrasta con el descrito como promedio de la Unión Europea, que se mantiene en niveles que oscilan en torno al 35%. La diferencia por tanto entre trabajadores con estudios superiores y los que no los tienen es cada vez menor a la hora de encontrar un trabajo y en la calidad de este. La solución está, según los documentos firmados por el Ministerio de Educación, en convertir a los estudiantes en *“trabajadores fácilmente empleables”*, lo que en realidad significa reducir su cualificación y que aprendan las competencias y habilidades necesarias para sobrevivir en el mercado cambiante y flexible de hoy.

Hace ya más de cuarenta años los estudiantes de la Universidad Negativa de Trento y los situacionistas franceses comenzaron a hacer un análisis sobre la crisis de la universidad dentro de la crisis general del capitalismo que se avecinaba. La crisis de autoridad y de legitimidad de esta institución se agravó ante,

la contradicción resultante entre la tendencial masificación del acceso a la universidad y la división del trabajo en la sociedad y, por tanto, entre nivel y tipo de educación reci-

bida y posibilidades de empleo. Esta crisis traduce simplemente las dificultades de un ajuste tardío de este sector especial de la producción a una transformación de conjunto del aparato productivo¹.

En este tiempo, hemos visto cómo la naturaleza de la institución universitaria se ha transformado. Así como antes era un instrumento de reproducción de las relaciones sociales, con la masificación se convirtió en un instrumento de creación de cuadros medios e inferiores. Hoy, en la sociedad del conocimiento, la universidad se ha convertido en el centro de la producción de conocimiento: no sólo reproduce relaciones sociales y pensamiento dominante, sino que en ella se produce tanto la fuerza de trabajo precaria, como el conocimiento valorizable. De ahí todas las reformas que introducen agencias de calificación externas que deciden sobre los contenidos, o miembros externos (empresarios) en los órganos de decisión y que llevan a cabo la gestión de la institución a modo de *new governance*. Para llevar a cabo los cambios de cara a la construcción de la universidad-empresa (en todos los sentidos) se necesita un cambio todavía por llegar (aunque ya lo comenzamos a ver) en materia de financiación y de gobernanza.

Todos los cambios que venimos viendo desde el comienzo de este proceso (en el Estado español desde la LOU en el 2001), junto con los grandes cambios que hemos visto en el modo de regulación del capitalismo y la destrucción de lo que se ha conocido como Estado de bienestar, han traído consigo una *mutación de la condición estudiantil*: los estudiantes ya no están “al margen” de las relaciones sociales de producción sino que están en el centro de “*la sociedad del conocimiento*”. Anteriormente, los estudiantes sufrían una situación de desarraigo o incertidumbre con respecto al futuro o incluso con respecto al propio presente que ya no existe más dado que su situación no estaba ya directamente ligada a las condiciones económicas familiares y su posición de clase estaba aún relativamente por decidir. La situación ahora es distinta: en cuanto a nuestro presente, es precario dentro y fuera de las paredes de la Universidad, y con respecto a nuestro futuro, tenemos cada vez más la certidumbre de que seremos precarios.

La implantación de los créditos ECTS (que miden las horas que dedicamos al estudio tanto con horas lectivas, prácticas, como con trabajos en casa) junto con el método de la evaluación continua, supone una mayor confusión entre los tiempos de vida-ocio y los tiempos de trabajo-estudio. La misma arquitectura de los nuevos centros universitarios se parece cada vez más a centros de trabajo, empresas u oficinas. En general, las formas de trabajo que vemos en el mercado laboral hoy, se trasladan al aprendizaje en la Universidad, sobre todo en lo que conocemos como “trabajo cooperativo” (trabajos en grupo, cla-

¹/Sevilla, C.y Urbán, M. (2008) “Miseria(s) del presente”, prólogo a *De la miseria en el medio estudiantil*, de la Internacional Situacionista. Barcelona: El viejo topo, p. 12.

ses participativas en círculo, seminarios, prácticas), un control “familiar” y exhaustivo por parte de los profesores por medio de las tutorías o la obligatoriedad de asistencia. Tampoco parece ya haber diferencia entre lo que aprendemos en la universidad y lo que más tarde nos enseñarán en la empresa para la que trabajemos, porque “aprendemos a lo largo de toda la vida”.

De cara al futuro, la movilidad social que ofrecía el hecho de estudiar durante cinco años acumulando así un “capital simbólico” que se valorizaba a través de mayores posibilidades de empleo y más calidad de éste (reproduciendo así la división del trabajo capitalista) se ha borrado. De hecho, está pasando todo lo contrario: en el paso hacia la destrucción total de la universidad, la contradicción entre las personas cualificadas y lo que requiere el mercado de hoy está precarizando cada vez más a las personas que han realizado una licenciatura o grado y un máster. Se nos sigue chantajeando con que tendremos un mejor status si tenemos estudios y un máster; pero el coste que supone estudiar y las consecuencias de pedir un crédito al banco para pagarnos los másteres está suponiendo enormes cantidades de deuda estudiantil. Todo parece indicar que en poco tiempo estaremos en una situación parecida a la de países como EE UU, donde se calcula que la deuda media de los estudiantes sobrepasa hoy los 30.000 dólares (principal motivo de endeudamiento de las familias estadounidenses). Aquí, es el primer año en el que los estudiantes que pidieron una beca-préstamo (creadas en el curso 2009/2010 a partir del plan Bolonia) deberían comenzar a devolverlo. Sin embargo, la situación cada vez más precaria de estos jóvenes está haciendo que sea cada día más difícil devolver la deuda, que suma cerca de 600 millones de euros.

Pero la deuda de mañana condiciona a la vez nuestro presente. La “pedagogía de la deuda” y conceptos como los de “inversión” cada vez más utilizados en los documentos oficiales sobre la universidad representa “*un cambio en la concepción de la educación superior, que pasa de ser un bien social a un bien individual*”². Del mismo modo, el concepto de “responsabilidad social” (por el cual se entendía la Universidad como una institución que aporta cultura y conocimiento a la que todo el mundo debería tener acceso) ya no tiene el mismo significado: actualmente la educación superior se concibe casi enteramente como un bien para los individuos dirigido a conseguir un mejor trabajo y mayores ingresos”³ o como “un bien para la sociedad” ya que ofrece al mercado lo que este requiere. Del mismo modo que para limitar la cualificación y el nivel de conocimiento se ha optado por la separación entre grado y postgrado, la sustitución de las becas por los préstamos (y la deuda como consecuencia inmediata) tiene consecuencias enormes que van mucho más

²/Williams, J. (2010) “La pedagogía de la deuda”, en *La Universidad en conflicto*, Edu Factory y Universidad Nómada (comps.), Traficantes de Sueños: Madrid, pp. 71-81.

³/Williams, J., op. cit.

allá de lo que de primeras parece: la deuda muestra que la educación superior es un servicio de consumo y no un derecho universal; frente a la eliminación de carreras (sobre todo las de la rama de humanidades) es más fácil poner sobre la mesa las posibilidades de cada carrera y lo difícil que será devolver la deuda si estudias, por ejemplo, filosofía; la “pedagogía de la deuda” introduce mecanismos de competitividad exagerado y nos hace creer que las disparidades de riqueza son un asunto individual, más que de la sociedad. “La deuda es tu libre elección”; pero sobre todo, nos reintroduce en el reino de la precariedad, de la dependencia con el mercado, y del estrés y el “miedo al fracaso”. A esto hay que añadir las prácticas en empresas que realizan los estudiantes (cada día más y por más tiempo) por las cuales no se obtiene prácticamente remuneración y que no están contempladas como actividad laboral sino formativa, lo que reduce los derechos de los estudiantes-trabajadores/4.

Un plan de ajuste estructural para la universidad

A los estudiantes nos afecta una crisis que va más allá de la crisis propiamente universitaria. Además de toda la reformulación que está sufriendo la universidad, vemos cómo las políticas de ajuste impuestas desde Europa suponen recortes del gasto público destinado a esta: falta de presupuesto para calefacción, externalización de servicios, falta de espacios para las clases, etc. Al mismo tiempo, los estudiantes, al estar inmersos en las relaciones de producción y al haberse empeorado nuestras condiciones de vida, la crisis de los derechos laborales y sociales, y las dificultades para toda nuestra generación nos afectan como jóvenes, trabajadores precarios y ciudadanos.

El modelo que se está imponiendo de Estado, de mercado, de trabajo, de educación y de modo de vida en general, no es “el mal menor” sino precisamente el modelo deseado por el neoliberalismo y el capitalismo más salvaje. La crisis actual de la universidad se presenta como el trágico colapso de esta institución, cuando en realidad es la ejecución del plan buscado en todos los procesos de reconversión de la universidad a los que venimos asistiendo.

Hace aproximadamente un par de meses, comenzaba a rumorearse que se avecinaba una crisis total de la universidad: “*los presupuestos generales (PGE) para el próximo 30 de marzo prevén un recorte de entre un 8 y un 16% para la Universidad*”, nos decían. Todo nos llevaba a pensar que el recorte sería próximo a ese 16%. El modelo de financiación ya no sería el que proponen los documentos de Estrategia 2015 o la Ley de Ciencia y Tecnología (una paulatina subida de tasas que ha comenzado este curso, pérdida de becas a

4/ Real Decreto 1707/2011 de 18 de Noviembre, sobre la regulación de las prácticas universitarias. Se asume el carácter no laboral (sino formativo) de las prácticas externas en empresas. Este tiempo no computa a efectos de antigüedad ni a efectos de cumplimiento de periodo de prueba, y no se incluye en el régimen general de Seguridad Social.

fondo perdido, promoción de convenios con empresas y patentes), sino algo mucho peor. Y los rumores se cumplieron. Los PGE de pasado 30 de marzo, supusieron uno de los mayores ataques a los que venimos asistiendo desde el comienzo de las políticas de ajuste. El recorte al gasto educativo ha sido de un 21%: recorte de la financiación por parte del Estado central a la Universidad de un 65%, a lo que hay que sumar 3000 millones de euros extra de recortes a la educación aprobados recientemente por el gobierno. Todavía nos queda por ver cuál será el recorte impuesto por las comunidades autónomas. Estos recortes impedirán refinanciar la deuda que tienen las diferentes universidades públicas con proveedores que asciende a un total de 300 millones de euros.

Nos podemos hacer una idea de lo que viene a partir de ahora: subida altísima de tasas, fin de becas, despido de profesorado, precarización del personal laboral, privatizaciones parciales o totales de algunas universidades, fusión o cierre de facultades (como recientemente ha declarado Wert, *“en España hay setenta y nueve universidades, mientras que en California solamente diez, por lo que habrá que revisarlo”*). Lo que antes era un plan de reconversión paulatino hacia la universidad-empresa, se efectúa como un cambio drástico y necesario. Por ejemplo, el ya anunciando abandono del proyecto del “Campus de Excelencia Internacional”, debe entenderse no como un retroceso en sus pretensiones, sino como la realización inmediata de las mismas: la destrucción total del derecho a la educación superior y la elitización de esta. De hecho, desde la llegada al Ministerio de Educación de José Ignacio Wert, hemos oído continuamente declaraciones que ponían en cuestión el actual sistema de becas, en pro de ayudas “meritocráticas” (que acaban directamente con el sentido principal de las becas) que anunciaban lo que se avecinaba.

La destrucción de la universidad la tendremos que entender en un sentido más amplio, relacionándola con la reforma del sistema de bachillerato y con la nueva reforma laboral. Por una parte, el bachillerato de tres años pretende separar con antelación a los trabajadores descualificados de los que continuarán con su carrera formativa en la universidad de élites; por otra parte, la reforma laboral se dirige directamente a esta masa de jóvenes descualificados a través de la ampliación del contrato para la formación y el aprendizaje que desnaturaliza su condición formativa para convertirse en un contrato de inserción para jóvenes menores de 30 años.

La mutación de la condición estudiantil a la que hemos aludido nos habla de la creciente aproximación entre los estudiantes y el resto de jóvenes precarios. Comienza a ser urgente brindar nuevas formas de organización que se ajusten a la enorme masa precaria producida a la escala del mercado laboral actual. Pero caeríamos en un error si por querer dar una respuesta de conjunto a esta problemática olvidáramos las especificidades que siguen existiendo en el medio estudiantil. La lucha en las universidades atraviesa un momento de enorme potencialidad y, por ello, es imprescindible que sigamos trabajan-

do desde nuestra propia perspectiva. Por otro lado, necesitamos idear nuevas herramientas que permitan la autoorganización de los jóvenes no universitarios. Pero además se abre ante nosotros la tarea irrenunciable de construir puentes de unión entre los universitarios y el resto de la juventud precaria con un discurso anticapitalista. No son objetivos sencillos, los tiempos que vivimos no lo son, pero seguiremos adelante aportando lo mejor de nosotros mismos, intentando estar a la altura de las dificultades que se nos presentan y convencidos de que el largo camino que hemos emprendido traerá sus frutos tarde o temprano.

Eduardo Fernández e Isabel Serra son estudiantes de Filosofía en la UCM. Participan en el movimiento estudiantil, en Juventud Sin Futuro y en Izquierda Anticapitalista.